

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Conocidas desde la Antigüedad, muy pronto las Canarias entraron a formar parte del imaginario colectivo debido, principalmente, a su ubicación estratégica en los confines del mundo occidental y a su condición de islas, emplazamiento mítico por excelencia. Estos dos aspectos propiciaron su rápida asociación con las Islas de los Bienaventurados, las Islas Afortunadas, el Jardín de las Hespérides o los Campos Elíseos, entre otros mitos, además de su inclusión en la literatura perteneciente a la *paradoxografía*². De este modo, el Archipiélago se convirtió en un escenario idealizado o *locus amœnus* habitado por seres fabulosos y donde tenían lugar acontecimientos maravillosos.

Por otro lado, fenicios y romanos ya habían elegido este enclave como punto cero para fijar las coordenadas en sus mapas y, desde finales de la Edad Media, estas tierras constituyeron un espacio familiar para los marinos que surcaban el Atlántico rumbo a África y América. Así, a la imagen idílica se superpuso gradualmente una visión más acorde con la realidad que, no obstante, no logró erradicar la concepción primigenia del Archipiélago. A partir de su «redescubrimiento», en el siglo XIV, las Canarias fueron el objetivo de numerosas expediciones, entre las que destacan las portuguesas, la del genovés Lancelotto Malocello, la luso-italiana de Niccolaso da

² Entre los trabajos dedicados a la geografía imaginaria del Atlántico *vid.* A. García y Bellido (1967): *Las islas atlánticas en el Mundo Antiguo*, Las Palmas de Gran Canaria; C. Kappler (1986): *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, y M. Martínez (1992): *Canarias en la Mitología*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.

Recco o las navegaciones catalanas, mallorquinas, aragonesas y castellanas.

Por lo que concierne a la presencia francesa en las Islas, ésta se remonta al medievo, cuando a partir de 1402 tiene lugar su conquista e incorporación a la Corona de Castilla, relatada en *Le Canarien* por dos clérigos franceses, Pierre Boutier y Jean Le Verrier, capellanes de los conquistadores Gadifer de La Salle y Jean de Béthencourt³. En lo sucesivo, estas tierras acogerán a comerciantes, religiosos, corsarios y navegantes de diversa condición que dejarán constancia escrita de sus impresiones y experiencias mezcladas, en ocasiones, con contenidos fabulosos⁴.

Con todo, la afluencia de viajeros franceses al Archipiélago fue especialmente fructífera a partir del Setecientos cuando el interés por alcanzar el mítico continente austral, ubicado en el Pacífico, estimuló la búsqueda de nuevas rutas marítimas y convirtió a las Islas en la «antesala de las Indias Occidentales», esto es, en el lugar idóneo para hacer aguada y adquirir vino y alimentos frescos, indispensables para proseguir la travesía. Ahora bien, los grandes viajes de navegación que marcaron el siglo XVIII y buena parte del XIX fueron posibles gracias a la existencia de una coyuntura específica que había comenzado a gestarse en los siglos anteriores. La principal novedad que introdujo el XVIII estribó en el protagonismo adquirido por el Gobierno y, con él, por el monarca en la preparación de unas empresas para las que no se escatimaron medios técnicos ni humanos. Por otra parte, los marinos no sólo estaban más preparados que sus predecesores, sino que contaron con unas prolijas instrucciones elaboradas por un selecto equipo de hombres de ciencia. De este modo, la exploración marítima se desarrolló de acuerdo con un minucioso programa científico que contemplaba la verificación de los nuevos instrumentos, la geografía, la cartografía, la navegación o el estudio de la naturaleza y del hombre, con objeto de rellenar definitivamente las lagunas heredadas de los siglos XV y XVI.

³ Este texto no sólo recoge hechos militares, sino que incluye, además, consideraciones morales, políticas, geográficas y religiosas convirtiéndose, así, en un documento capital para el conocimiento del mundo aborígen. Vid. E. Serra y A. Cioranescu (1959): *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, Fontes Rerum Canariarum VIII, IX y XI, t. I; t. II, 1960, y t. III, 1964; B. Pico, E. Aznar y D. Corbella (2003): *Le Canarien. Manuscritos, transcripción y traducción*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios.

⁴ Sobre las referencias a Canarias en la literatura de viajes francesa de todos los tiempos, vid. B. Pico y D. Corbella (dirs.) (2000): *Viajeros franceses a las Islas Canarias*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios.

En este estado de cosas, la divulgación de los logros obtenidos resultaba, a todas luces, imprescindible y la mejor manera de llevar la a cabo era por medio de la escritura, ya fuera simultánea o posterior a la travesía. Si el diario de navegación representa la primera práctica textual del viaje, el relato, destinado a la publicación, ofrece ya conexiones evidentes con la literatura⁵. El cronista, testigo privilegiado de una realidad que únicamente él conoce, posee un protagonismo indiscutible, pues no sólo debe seleccionar los elementos esenciales que conforman una realidad compleja y variada, sino que la percepción del receptor acerca de la nueva realidad está inevitablemente determinada por la mirada del viajero.

De su paso por las Islas los viajeros ilustrados nos han legado un conjunto de materiales formado por algo más de una treintena de textos de naturaleza diversa. Estos documentos incluyen desde diarios de a bordo, que no han sufrido ningún tipo de reescritura —es el caso de los manuscritos de Godot, Feuillée, Ronsard, Baudin, Sautier o Riedlé—, a correspondencia religiosa —la de los jesuitas Taillandier, Labbé, Chomé y Cat— o científica —La Barbinais Le Gentil o La Martinière—, hasta completos tratados como el de Bory de Saint-Vincent.

La mayoría de las veces se trata de fragmentos de relaciones más largas donde las noticias sobre la escala atlántica son de cierta relevancia. Así, Godot y Péron realizan, en 1704 y 1800 respectivamente, someras descripciones de Tenerife y de su gente; Durret consagra dos capítulos a Lanzarote, Gran Canaria y Tenerife, y Riedlé añade a su testimonio sobre la población detalles de la flora insular. Ledru o Milbert, sin embargo, reúnen prolijas informaciones sobre múltiples aspectos del Archipiélago.

Mucho menos frecuentes son los relatos íntegramente dedicados a Canarias. En 1724 Feuillée recibió de la Academia de Ciencias parisina el encargo de determinar la posición exacta de la isla de El Hierro —donde Luis XIII, a través de la ordenanza del 1 de julio de 1634, había establecido el meridiano— y de llevar a cabo diferentes cálculos y mediciones. Sus estudios están recogidos en *Voyage aux Isles Canaries* donde, entre otras cosas, el astrónomo aporta datos

⁵ Durante mucho tiempo considerado un género híbrido, este soporte discursivo ha sido objeto de numerosos estudios, entre los que destacamos N. Broc (1969): «Voyages et géographie au XVIII^e siècle», *Revue d'Histoire des Sciences*, pp. 137-154; J. Chupeau (1977): «Les récits de voyage aux lisières du roman», *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, n.º 3-4, pp. 536-553; F. Wolfzettel (1996): *Le discours du voyageur*, París, PUF.

esenciales sobre la historia natural archipielágica. A punto de finalizar el siglo, en 1800, Baudin se detuvo en Tenerife para proceder al avituallamiento de agua, vino y productos frescos antes de proseguir rumbo al Pacífico. Uno de los naturalistas que le acompañaban, Bory de Saint-Vincent, publicó los *Essais sur les îles Fortunées* en 1803 y, al año siguiente, *Voyage dans les quatre principales îles des mers d'Afrique*. El primer título es un completo estudio sobre el Archipiélago en el que el autor aborda aspectos referentes a la conquista de las Islas, su historia natural, geografía, etnografía y mitología; en cuanto al segundo, constituye la relación de la travesía hasta el desembarco del naturalista, enfermo, en isla Mauricio. Otras veces las alusiones a las Islas son muy breves y no sobrepasan unas pocas líneas.

Si bien la corta duración de las escalas y el contacto limitado con los isleños dificultaron un conocimiento profundo de Tenerife, lo cierto es que las observaciones botánicas, fáunicas, antropológicas o geográficas que nos han legado los viajeros —acompañadas, la mayor parte de las veces, de valiosas reproducciones—, constituyen a menudo las primeras en su género y suponen una valiosísima aportación al patrimonio cultural del Archipiélago.